





Lino García Morales

# **Wakamba**

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Lino García Morales, 2021

© Belkis Ayón, *Desobediencia*, 1998. Imagen de portada: Fotografía de José A. Figueroa. Cortesía y Copyright © Estate de Belkis Ayón, La Habana, Cuba.

Edición e impresión por BoD – Books on Demand

info@bod.com.es – www.bod.com.es

Impreso en Alemania – Printed in Germany

ISBN: 978-8-4137-3039-4

A Hugo, Héctor y Viki,



El cuerpo de Mayra apareció perfectamente empaquetado en nueve cajas de idéntico volumen. El asesino había utilizado la cabeza como referencia. El resto ocupaba más o menos lo mismo. Nueve cajas como cualquier nivel del cubo Rubik, como las nueve partes del cuerpo que no necesitamos para nada, como una entrega de residuos de sobras evolutivas. Una máquina que, aunque conservara todas sus partes, aunque se tuviera a mano un plano para recomponerla, aunque se armara con sumo cuidado, jamás funcionaría de nuevo. Solo serviría, si acaso, para descubrir quién lo hizo.

Tom y English jamás habían visto algo semejante; muchos menos en formato compañera de trabajo, investigadora forense, colega. Nunca lo hubieran imaginado, ni representado, no creído; mucho menos que les tocaría a ellos la responsabilidad de levantar el cadáver. Podían haberse negado, cualquiera lo entendería; pero, sabían de sobra que no debían. Mayra no era una hermana o una prima o alguien consanguíneo; era solo una buena chica, joven, amable, que se esforzó todo lo que pudo y más para estar al nivel de las circunstancias que “dejó” Danger durante un tiempo que, aunque pareciera una eternidad, no llegó a los diez meses. Mayra no era una amiga, aún no les unía nada trágico, nada de sangre, nada excepcional; era la ex-becaria, la aún no considerada lo suficiente por mucho que se esforzara. Negarse solo sería entendido como una debilidad.

No podían asegurarlo, pero intuían que esa forma atroz y cercana, a partes iguales, tenía mucho más que ver con un mensaje que con un crimen perfecto. Todo el escenario estaba limpio. Nadie había oído nada. Nadie sabía nada. Ni siquiera la conocían. Mayra vivía en un edificio destartado, de esos que acarician los jardines del Capitolio con lo poco que le queda de dignidad. Vivía sola en un espacio que alguien ascendió a la categoría de apartamento por obra y gracia de la indisciplina, corrupción y especulación, en la azotea; en esa zona que, de desplomarse, se llevaría la peor parte; en esa parte destinada a palomas, amantes y voyeurs. Vivía como un fantasma que entraba y salía sin dejar ni sombra a través de una puerta reforzada con un forjado de hierro y un enorme candado. Varios vecinos dijeron que, durante la noche, aproximadamente desde las nueve hasta las doce, desde "arriba" se oía música a todo volumen. Parecía rock, dijeron, y que esa mujer era muy rara; eso fue todo. Faltaba conocer al mensajero y descifrar el mensaje. Era una madrugada fría.

Tom y English comprobaron de golpe lo que desdeñaron saber todo ese tiempo. La vida de Mayra era un misterio para ellos. Nunca dejó de ser "la nueva", aunque, a fuerza de costumbre y de su actitud, llegó a algo similar a la "integración". Ella nunca fue Danger; ni siquiera era la Jefa. Era imposible competir con la estela, demasiado larga y ancha y alta, de Danger. Tom fue el encargado de relevarle y ella de relevar a Tom. Así son de imprescindible la gente por mucho que no alcancen a comprenderlo. La American Patrol dejó de ser la American Patrol cuando Danger "se fue". Desde entonces fue la Brigada 10; más o menos parecida a la 7, 8, 9 o 12. Mayra tenía mejor humor para aguantar la escasez de humor de English y mayor paciencia para sobrellevar las rarezas de Tom; pero, para ser como ellos, para llegar a ser como ellos, no bastaba su aguante y paciencia; ni siquiera sus méritos.

Nunca dejó de ser la guajira que ninguno supo de dónde vino o se graduó, por muy detallado que estuviera en su expediente. Nunca dejó de ser la becaria que no era becaria; ni era fea, ni bonita; ni estaba mala, ni estaba buena; ni era muy buena, ni era muy mala. Hacía su deber, se esforzaba, había estudiado duro para eso, aunque a veces metiera la pata, aunque no tuviera suficiente experiencia, aunque no fuera tan rápida, intrépida y resoluta como Danger. Aunque no lo supieran, aunque no fuera expedito, Tom y English no la hubieran cambiado, ni cedido, ni rechazado, en ninguna circunstancia. Era seria, seca, directa, demasiado seria, seca y directa; pero se habían adaptado a su débil presencia. Era buena persona y mejor investigadora. Con eso bastaba para mantener un equipo unido.

Por fortuna, el cuerpo estaba fresco. Mayra no fue a trabajar por segundo día consecutivo, English no pudo localizarla y en medio de una investigación urgente, se acercaron a su apartamento por si sucedía algo, por si acaso. No fue, con precisión, una corazonada, sino más bien un procedimiento no rutinario impulsivo. La puerta no tenía seguro y las cajas estaban perfectamente colocadas en el suelo, en el centro de la habitación. English tuvo que sacar su cabeza de una de ellas, tuvo que luchar para no expulsar el escaso trozo de pan y café con bilis de su estómago que había apreciado bien temprano en la mañana, tuvo que pensar en no pensar para no verle, tuvo que analizar todos y cada uno de los restos. Pensaba que no era ella, que no podía ser ella, para poder realizar su trabajo; pero es difícil, imposible, cuando sus ojos vacíos le miran sin poder decirle quién fue. El asesino usó una sierra de mano y un cuchillo afilado; podía leerse en todos los cortes. Uno para piel, músculos y vísceras; otro para huesos. No había rastros de sangre. Primero la vació y luego la descuartizó. Ni siquiera había televisor, ni radio, ni microwave, ni señales de robo.

Solo detectaron, una vez hechas las primeras pruebas, rastros de GHB en tejido, el ácido gamma-hidroxibutírico, la droga del violador.

Llamaron a Danger. Casi de manera automática, la presencia de GHB en aquellas cajas simétricas, les hizo agarrar un celular y llamarle por WhatsApp. Danger permaneció en silencio mientras Tom primero, y English después, narraban el horror; Danger solo se llevaba las puntas del cabello a la boca y mordía sus dientes. *Se quien lo hizo*, dijo.

Danger sabe que resolver un caso consiste en encontrar un correlato forense plausible a los hechos; demostrable mediante pruebas científicas irrefutables; pero, de la misma manera, sabe que cada caso puede tener más de un correlato forense plausible a los hechos. Sabe que un caso resuelto no es, con exactitud, un caso resuelto. Sabe que el asesino sometido a la ley puede no ser el asesino. Sabe que el asesino del caso resuelto puede seguir libre, suelto y exaltado por su victoria. Sabe que los casos nunca se resuelven con un cien por cien de certidumbre. Sabe que cada caso le quitará el sueño durante un tiempo y sabe que el tiempo es, de cierta manera, un control acerca de esa incertidumbre.

El Caso-Pinga se cerró sin tener ni una sola prueba de quién fue el asesino o de si hubo tal asesino. Danger lo hubiera dejado atrás, como tantas otras cosas a las que tuvo que renunciar en su fuga, si no hubiera sido por Mulet. Los casos no son solo casos. Se conectan entre sí como lo hacen las raíces bajo la tierra o el aleteo de una mariposa y un huracán. Lo hacen en esa larga sombra del noúmeno donde habitan las cosas sin nombrar. Mulet se acercó desde otra parte, desde donde podía ver mejor unas cosas y peor otras, justo desde el lado opuesto desde donde se acercaba Danger. Ambos buscaban cosas diferentes, aparentemente inconexas, pero casi nada está desconectado.

Lo que está aislado perece; los científicos le llaman muerte térmica. El aleteo de una mariposa en La Habana provocó un huracán de categoría 5 en Miami. En apariencia, la investigación de Danger triunfó. En apariencia, la investigación de Mulet fracasó. La actividad cesó en ambas partes, pero nadie pudo asegurar que los Casos estaban cerrados.

Después de su desaparición, muchos correlatos forenses plausibles a los hechos señalaron a Mulet; aunque, con la misma imprecisión, que antes no le señalaron. La probabilidad de un suceso casi nunca es 0 o 1. Por muy raro, inexplicable o extraño que pueda parecer, lo improbable no es improbable; de la misma manera que lo muy probable, no es muy probable. Podría parecer hasta lógico, que cualquier dígito tiene la misma probabilidad de ser el primero de un número; sin embargo, esto no es cierto. Es más probable que un número empiece por 1 que por 7. Las cosas del hombre no son como parecen a simple vista, no son tan aleatorias como se creen.

Había pasado poco tiempo, un tiempo suficiente para no ganar el control a la incertidumbre e insuficiente para todo lo demás. Danger buscó a Mulet debajo de las piedras en falso. Todos sus amigos del cuerpo de policía siguieron siendo sus amigos y continuaron buscándole también debajo de las piedras sin éxito. En un país tan grande, con ciudades tan pobladas y pueblos tan despoblados es fácil pasar inadvertido. Sabía de sobra que solo le cogerían si actuaba, pero Mulet permanecía en silencio, *off*. Ningún caso parecía tener su huella, o indicio suficiente de su presencia. Danger trabajó mucho más para el Departamento; de hecho, podía haber trabajado exclusivamente para el Departamento, pero no lo aceptó por, aunque no lo dijo, incompatibilidad de intereses.

Danger estaba dispuesta a dividir la cabeza de Mulet por el centro y un agente del departamento no debería estar dispuesto a matar a un asesino solo por satisfacer sus deseos de venganza y, quizá, de alguna manera... de justicia. Cuando el odio es la última bala, apuntará hacia ti, aunque salga en cualquier otra dirección.

Tuvo acceso a todos los casos que formaron un correlato forense plausible al modus operandi de Mulet; los estudió uno a uno hasta conformar un perfil psicológico que iba más allá de cualquier intuición que tuviera sobre el verdadero Mulet.

Tú tenías muchas cartas para jugar Mulet. De hecho, desde que decidiste acabar con Lulú, activaste tu plan de cambio de identidad. Podías ganar, pero también podías perder y, mira por donde, fue lo que pasó. Perdiste. Pero no se pierde “para siempre”, una derrota es solo una derrota. Antes de que liberaran a Mimi, antes de que tu foto llenara todos los corchos de todas las comisarías, antes de que tu cara bella ocupará miles de miles de emails, periódicos, telediarios, antes de que te olvidaran, tenías que aprobar el examen de lo que nadie mejor que tú sabía: borrarse.

Tenías una identidad preparada: Karla Lorraine. Una pobre chica atrapada en esa red de pervertidos que a la policía se le fue de las manos cuando Danger tiró de la sábana en La Habana. Una chica a la que robaste su identidad porque, así de simple, se daba un aire a ti. Tú eras más bello Mulet; solo con un poco de maquillaje y delicadeza, podías convertirte en ella y pasar por ella. Ambos delgados y altos. Nunca te gustaron los hombres, pero tú eres un depravado que cree que la mujer es un hombre incompleto; se trataba solo de un complemento. Fuiste tan cínico y ellas estaban tan acostumbradas a tus depravaciones que, cuando le pediste que te convirtiera en ella para tener sexo contigo como si fuera ella misma, hasta le pareció divertido. Después se asustó. No debe ser fácil

experimentar placer con uno mismo dentro de una misma. Pero estaba siempre demasiado colocada; ni siquiera llegó al orgasmo, como casi todas las veces que la penetrabas. Fingía Mulet y tú fingías que eras ella y ella debía seguir fingiendo que eso le perturbaba tanto como le arrebatava. Solo Martín podía recordar su cara el día que la encontraron muerta por una sobredosis de morfina. Pero eran demasiadas caras y demasiados nombres. Podías correr el riesgo y lo hiciste. La destruiste y jugaste a ser ella y funcionó. Incluso tuviste el valor de probar con Lulú y funcionó. Se desquició con tu verga dentro y esa chica encima. No la conoció. Nunca supo lo macabro de tu juego, pero sirvió de juez para tu experimento y aprobaste con matrícula de honor. Te borraste sin moverte de Miami. Llegaste a tu nuevo hogar, que alquilaste como Karla, en la mismísima ciudad de Boca Ratón y nunca más fuiste Mulet fuera de esas paredes. Lo hiciste, Mulet, y mientras todos te buscaban, tú brindabas por ti.

Pudiste ver de muy cerca cada jugada de Danger, incluso cruzarte con ella en cualquier esquina sin que sospechase, pero no te arriesgaste a ese extremo. Hacía falta tiempo, un poco de tiempo para desquiciarte, para conocer cada detalle de tus rutinas, un tiempo suficiente para llegar a tu casa, con tu consentimiento.

La droga del beso, el buche, la súper viagra, no era una novedad para las autoridades. Había indicios de tráfico y consumo a través de unos pocos casos reportados al Instituto de Medicina Legal de La Habana, que habían destapado la alerta en el Consejo de Estado, la Comisión de Seguridad Nacional, el Ministerio del Interior (MININT) y el Ministerio de Salud Pública (MINSAP). Todos estaban pendientes, todos lo guardaban en el más estricto secreto y ninguno conseguía llegar a las fuentes. Todos creían saber de donde procedía, aunque no tuvieran ni una sola prueba, aquella sustancia que provocaba “efectos euforizantes con desinhibición y estímulo sexual”, que podía provocar un coma, afecciones en el sistema respiratorio, con un sinnúmero de efectos secundarios agudos, e incluso desembocar en la muerte. Todos deseaban descartar que provenía de los mismísimos laboratorios de BioCubaFarma o de cualquier otro laboratorio del sistema de Salud Pública. Todos querían culpar hacia fuera. Pero no había ninguna muerte, solo un número insignificante de casos de intoxicación reportados en La Habana, hasta llegado el caso-Capitolio. Era un cadáver con restos de la sustancia, aunque todos sabían que los muertos no consumen drogas, mucho menos un miembro de la brigada forense número 10.

A Mayra la drogaron, mataron y empaquetaron, como si la hubiera drogado, matado y empaquetado un fantasma. Era como si una presencia del más allá atravesara los pliegues del multiverso, se la llevara eufórica y regresara con la paquetería lista para entregar su mensaje sin que nadie de este mundo, por muy chismoso, chivato o vigilante que fuera, lo hubiera notado. El caso-Capitolio era un auténtico fallo del sistema, un agujero de seguridad, un ataque al mismísimo corazón de la institución CONTROL.

English sugirió que todos los vecinos estaban implicados. No podía ser de otra manera. Tom los entrevistó uno a uno, revisaron todos sus expedientes; más profusos que un currículum o una biografía. Ninguno superaba un robo de baja altura, una estafa de poca categoría o algún que otro acto de prostitución. Nadie vio, ni oyó, ni olió, ni tocó, nada. Muy raro en un lugar donde el que no ve, escucha y el que no escucha, huele y el que no huele, toca. Todos parecían abducidos por la rutina cotidiana. Todos sobrevivieron a aquel día, excepto Mayra.

Pasaron las hojas del calendario sin ningún avance. Tom intentó hablar con Danger varias veces sin éxito. No se atrevió con Sofía. Llamarla podía activar alguna alerta innecesaria. *Ahora no puedo hablar. Luego te llamo.* Imaginaba Tom como si fuera una respuesta automática, como si nunca fuera el momento apropiado. Así transcurrió una semana inútil de intensos interrogatorios, de revisiones de transcripciones, de vigilancia aleatoria; pero Tom sabe que nada es inútil del todo.

Poco ha cambiado en la oficina que una vez ocupó Danger. El techo ha perdido alguna losa de yeso más, los cables siguen su serpenteo descuidado hasta la luz y el ventilador, falta más que una mano de pintura en cada pared y un tornillo en una bisagra.

Todo sigue descuidado; a medias; entre empezar y terminar. Esos espacios nunca llegan a pertenecer a alguien del todo. No se adaptan a las dimensiones de las personas. Tom ocupa ahora una silla que no es suya. Las lluvias de ideas, protegidas por ese cartel de NO MOLESTAR, que ya ni molesta, son más bien sequías de ideas. English ha salido. Danger no contesta. Mayra está muerta. Todo está empantanado.

Mayra, la sustituta que no era fea, ni bonita; ni estaba mala, ni estaba buena; ni era muy buena, ni era muy mala. Mayra, la experta en muertos. Mayra, esa desconocida tan femenina a la que no era capaz de imaginar con una camisa o pantalón. «Pantalón». Tom se estremece. Busca su libreta y recorre con frenesí las páginas llenas de notas. Alguien toca a la puerta, pero no es el momento. Tom rastrea sus notas. Sabe que ha pasado algo por alto. Solo tiene que encontrarlo. Vuelven a tocar. Quien quiera que sea va a tener que esperar. «Pantalón». Es una pista. Al fin encuentra lo que busca. *La vi subir por las escaleras cerca de las diez. Iba vestida con un jean y un pulóver de camuflaje*, había declarado una vecina. Era eso. La última persona en subir no había sido Mayra; la habían confundido con Mayra.

–Adelante –dice con prisa empujando la puerta–. No tengo mucho tiempo...

Una mujer morena, muy alta, sacada de un campeonato olímpico de lanzar piedras, aguarda con los brazos cruzados.

–Perdona –se excusa Tom extendiéndole su mano–. ¿Querías algo?

–Soy Alina, la nueva –se presenta.

No había duda: el crimen de Mayra debía estar relacionado con Mulet. No había guantes y cubrezapatos desechables (tampoco huellas), no eran bolsas biodegradables compostables (sino bolsas de plástico, a medio camino entre la jaba y el *shopping bag*), tampoco hallaron bolsas de depercarbonato sódico o alguna carretilla porque no se trataba de ocultarla, sino de mostrarla. Solo las cajas de embalaje y el ácido gamma-hidroxibutílico repetían para dejar la impronta. Ese era el mensaje; ese, y también que la próxima entrega podría ser Tom, o English, o cualquiera que sirviera para desquiciar a Danger y aniquilarla.

Cuando Danger colgó a Tom y llamó a la Embajada de Cuba en Washington, DC, Sofía notó cómo creció su exaltación de 0 a 100, la oyó cómo gritó sin escuchar y cómo, por último, lanzó el teléfono contra el suelo antes de rabiar. Estaba fuera de sí. Y no estaba fuera de sí por cualquier cosa que le hubieran dicho, sino por toda la tensión acumulada de vivir a sabiendas que ahí fuera, quizá enfrente del portal de la casa o muy cerca de tu jardín, había un sádico pervertido hijo de puta esperando la más mínima oportunidad para hacerles daño. Puedes soportar el insomnio un día o dos o tres, pero no una semana, no un mes, no un año.

Ninguna alarma es fiable, ninguna guardia es infalible, cuando esperas un ataque como única prueba de su existencia. Si pierdes a un ser querido, sin pruebas de su extinción, estarás condenado para siempre porque por muy raro, inexplicable o extraño que pueda parecer, lo improbable es tan improbable como lo muy probable, no es tan muy probable. Siempre habrá una ínfima, infinitesimal probabilidad, de que el suceso más probable resulte improbable, de que esa persona no esté muerta, sino desaparecida. No te puedes despedir si no tienes la firme constatación de que se ha ido.

Mulet desapareció sin ninguna constatación acerca de la imposibilidad de su vuelta. La probabilidad es baja, bajísima, ridícula. Nadie en su sano juicio arriesgaría tanto; pero Mulet es un psicópata, un perturbado de manual, un loco. *Escúchame bien psicópata de mierda*, le dijo Danger en un tono de voz suave y bajo antes de patearle la cara y provocarle el aturdimiento, *porque no pienso repetirlo. Cómo te acerques a mi familia... te mato*. Luego no volvió a verle, nunca más, pero Danger sabe que Mulet tiene que liquidarla y que la única manera de evitarlo es adelantársele, es aniquilarlo antes. Mulet sabe perderse; pero, mientras exista, mientras que no haya ni una sola prueba de su no existencia, no puede bajar la guardia.

Sofía quiso mudarse. Las dos también saben perderse. Podrían desaparecer, cambiar la identidad, la nacionalidad, cualquier cosa; pero nada de eso les pondría a salvo. Danger prefirió esperarle y ganó, se salió con la suya; pero perdieron todos. Vivir sentenciado no es vivir. La angustia se convirtió en vigilia. Nada parecía seguro. Nada era ya posible sin esa constatación de no existencia.

El descuartizamiento de una inocente era un mensaje meridiano: era la constatación de su existencia, la prueba de su brutalidad y crueldad, de su determinación. LA TUMBA ESTÁ ABIERTA. Es improbable que se tratase de un imitador.

Solo Mulet podría, en primera persona, establecer una conexión entre Danger y Mayra. Solo él podría recrear el horror que infringió a Tropicana. Solo alguien que conoce los entresijos de la ley puede dinamitar la ley. Solo un perturbado como él podría actuar con tanto descaro. Tenía que ser él

Tom no podía hablar con Danger porque ella destrozó el teléfono y porque, de alguna manera, su vida estaba destrozada, despiezada y desesperada.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Sofía cuando supuso que podría escucharle.

–Tengo que ir a Washington.

–¿Cómo que tienes que ir a Washington? ¿Qué coño es eso de que tienes que ir a Washington?

–Me han dicho que no puedo viajar a Cuba; que la única manera de encontrar una posible vía es que me entreviste con el Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Cuba ante los Estados Unidos y le convenza de que, en efecto, se trata de un problema de Estado. Es la única manera.

–¿Por qué tienes que viajar a Cuba?

–Porque ese cabrón ha hecho a Mayra, lo mismo que le hizo a Lulú. Esa es la manera en que ha decidido salir de la oscuridad.

–¡Dios! –Sofía se llevó las manos a la cabeza para no perderla, pero ya era tarde–. Dios mío, ¡Dios!, tú no puedes ir a Cuba. No puedes dejarnos solos. ¡Ay, Dios...!

Danger la abrazó, lloraron nerviosas, temblando, palpitando. Sofía repetía en un bucle infinito. DIOS. Pero Dios no podía defenderles. Dios no podía perder la vida por ellos. Ni siquiera podía oírles.

–Tengo que ir Sofi, la vida de Tom y la de English y la de quien sabe quién más, está en peligro.

«¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?», se preguntaba Sofía, pero Danger tampoco podía oírle. Ella sabía las respuestas. Lo sabía perfectamente, tan bien como Danger. Se lo preguntaba, porque las preguntas retóricas sirven para cuestionarse a uno mismo, para cerciorarse de que está pasando lo que no debe estar pasando. ¿Por qué ha llegado el momento? ¿Por qué allí? ¿Por qué a esa inocente? ¿Por qué Danger? ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?

–Esto es una pesadilla.

–Lo se Sofi, pero tengo que acabar con esto. Suzie, John, Martín, Luther, Michael, Phil, todos están con nosotras. Todos cuidarán de ti y de los niños. Si él está allí no puede estar aquí.

–No sabes si está allí.

–Ni si está aquí. Solo sé que lo que ha ocurrido allí es casi una copia de lo ocurrido aquí. Solo sé que tengo que acabar con él, antes de que él acabe con nosotras.

Sofía sabía que no podría convencerle. Ella hubiera optado por irse de Boca Ratón, bien lejos, lo más lejos posible. Ella hubiera elegido llamarse Betty Boop o Vilma Picapiedra. Danger le convenció que estar cerca de los amigos del MDPD les protegería, que quizá a Mulet le parecería imposible, que no le sería fácil comprobarlo. Sabía que no podría hacer nada, ni ella, ni ninguno de sus amigos. Sabía que le apoyarían, como habían hecho hasta entonces sin poder evitar, ese infierno de vida. Sin tener que rogar día tras día, noche tras noche, que pudieran llegar al día siguiente, para seguir rogando.

Te acostumbraste tanto a ser Karla Lorraine, que te olvidaste de ser Mulet. Te dejaste el pelo un poco más largo, como lo tenía Karla en todos los documentos que robaste y cambiaste todo tu vestuario. Aprendiste a usar blúmeres, panties, depilarte, maquillarte, peinarte; aprendiste a modular la voz, a suavizar el tono, sin mucha afectación; aprendiste a ser femenina, lo justo. No te costó convencerte Mulet: todos los hombres son mujeres incompletas. Todos somos un poco de lo uno y de lo otro y la sociedad cada vez, aunque con reticencia, lo tiene más aceptado. Necesitabas ser un poco de mujer y otro de hombre porque necesitabas encontrar trabajo y no cualquier trabajo, sino uno que te permitiera estar muy cerca de Danger sin levantar sospechas. Nada mejor que una compañía de seguridad, ¿verdad?

Era lo primero que contrataría Danger para su protección, solo era cuestión de esperar el momento adecuado para actuar, ¿a que sí? Primero probaste en ADT Security Services; estaba lo suficientemente lejos de la casa de Danger, pero servía de experimento. Falseaste un poco el expediente de Karla, ni siquiera había terminado *high school*. Tampoco para ser guardia de seguridad se necesita mucho más; un poco de artes marciales por aquí y otro poco de tiro por allá resultarían suficiente y así fue, funcionó a la primera.

Aceptaste un salario de mierda que no necesitabas y el compromiso de terminar una especie de formación de la empresa para empezar. Todo fue mucho más fácil de lo que imaginabas en el país donde aún quedan oportunidades. Había mujeres, pero no más que hombres. Tenías que cuidar tus erráticos impulsos hormonales y controlar los del resto; pero no supuso un inconveniente. Sabías caer bien y mantenerte distante. Te aceptaron y después de atender llamadas en la oficina te subieron a un coche a patrullar con un compañero para aprender los gajes del oficio. Nada comparable con un policía. Todo sencillo. Estuviste en alguna tienda de Lincoln Road y en la bolera Strikes at Boca. Todo fue sencillo, pudiste hacerlo. Karla Lorraine tenía un futuro de guardia de seguridad prometedor. Solo en tus ratos libres, un día a la semana, te dedicabas a rastrear visualmente a Danger, Sofía y los niños. Todos te vieron, ellas y hasta Martín y Phil. Nadie se percató de tu presencia. Estuviste tentado de interactuar con ellos, pero te contuviste. Nada podía estropear tu plan maestro.

Por las noches, encendías tu portátil y mirabas lo que de otra manera era imposible de ver. Sabías cómo entrar en las bases de datos de la policía, sabías rastrear sin ser rastreado, sabías moverte sin ser percibido. Con suma cautela, activaste un contacto en La Habana. Mayito. Hijo de gato caza ratón. Mario, su padre, fue un desconocido pedófilo que distribuía pornografía infantil hasta que Danger lo trincó. Lo mataron en la cárcel, duró menos que un merengue en la puerta de un colegio. Mayito se libró, pensaron que solo era una víctima, pero se equivocaron. Aún siendo menor de edad diversificó el negocio de la pedofilia con la prostitución y el proxenetismo. Mulet, llamaste a Mario y contestó su hijo. Sabías que él no lo haría, que debías probar con la prole.

Te presentaste como un cliente de su padre. Él desconfió, pero tú tenías pruebas, muchas pruebas que nunca salieron a la luz, de las andanzas de su progenitor. Primero le compraste un vídeo por el precio de veinte superproducciones, después le vendiste GHB a precio de ganga, pocas cantidades, pero suficientes; así es como se forja la confianza. Las mulas seguían trasegando entre un lado y el otro. Mayito se arriesgó poco, tomó precauciones, y no pasó nada. En muy poco tiempo, te convertiste en su cliente mas notable. Sabías que ocurriría, que solo era cuestión de tiempo y dinero y no de reparo. Esa gente no tiene escrúpulos. Son tan repugnantes como tú, solo que a ti te parecen más asquerosos porque son más pobres y están dispuestos a hacer lo que sea por una miseria. Lo convertiste en tu instrumento, haciéndole creer que eras el suyo. Entonces llegó el momento que tanto estabas cultivando.

–¿Estás lista para empezar? –le pregunta Tom mientras camina para salir a la calle.

–A eso vengo –contesta Alina.

–Pues vamos, por el camino te lo explico todo.

Todos en la unidad miran a la nueva sin ningún disimulo. La mala educación puede más que la curiosidad. No puede ser de otra manera. Es una mujer enorme, fibrosa, atlética, agraciada, pero eso no es lo que más llama la atención. Esa mujer es una especie de copia de algo fuerte que atufa a peligro y, por lo que aún solo conocen unos pocos, le precede un expediente disciplinar más que heterodoxo y digno de esa aura. Tom lo nota. Siente una especie de presencia más que conocida.

–¿Sabes a quién sustituyes? –pregunta Tom mientras mete la llave en el LADA y arranca. Alina asiente –. Bien, hace una semana la encontramos descuartizada en su casa. ¿Estás al tanto de los detalles?

–No –contestó mirándole a los ojos que no pueden verla más que de refilón –. Lo siento.

Tom traga en seco. Agradece su gesto, aunque no haya contacto.

–Hace diez días, con exactitud, Mayra no vino a trabajar. Llamó para decir que tenía náuseas y vómitos. No se sentía

nada bien. *No tiene importancia, insistió, espero estar bien mañana*, imagínate. No era la primera vez que pasaba, pero al día siguiente no se presentó. English, ya lo conocerás, la llamó varias veces, pero no dio con ella. Estábamos en medio de un caso urgente, un alto dirigente del partido del municipio apareció ahorcado y debíamos determinar si se trataba de un homicidio, así que fuimos a su casa, adonde nos dirigimos ahora. La encontramos descuartizada en nueve partes empaquetadas con mucho cuidado en nueve cajas. No había huellas; solo rastros de GHB en tejido –Alina escucha sin mover un músculo, parece que no respira, que solo tiene oídos–. Interrogamos a todo el edificio y parte del vecindario. Nadie vio nada, ni sospechó de nada. Mucha gente ni siquiera sabía que vivía allí, en la azotea. La mayoría ni siquiera la había visto nunca. Pero es raro, demasiado raro, que no hubiera ni el más mínimo indicio de nada. English llegó a pensar que quizá algunos vecinos estuvieran involucrados –Tom hace una pausa. No sabe si es más oportuno comprobar primero y hablar después que compartirlo ahora. Al final opta por “desembuchar”–. Hoy, justo cuando tocabas a la puerta, encontré un detalle que pasamos por alto.

Mayra seguía impasible, intentando poner cara a Mayra, a los vecinos, a ese detalle.

–¿Cuál?

–Hubo un testigo que aseguró haberla visto llegar muy tarde. No le prestamos demasiada atención porque, aunque no hubiera venido a trabajar, era posible que se sintiera mejor y saliera; pero resulta que nadie la vio salir y solo esa mujer la vio llegar. El detalle es que la descripción que dio esa testigo de Mayra coincidía con Mayra, pero no la de su vestimenta. Mayra nunca usó pantalones. Siempre llevaba vestido.

–No era Mayra.

–Eso creo.

—¿Cómo era?

—Una mujer encantadora; nada relevante estadísticamente: ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, ni bella ni fea, ni vieja ni joven. Toda la descripción coincidía: estatura, peso, edad, complexión; por eso no prestamos mayor atención a esa declaración. Solo una cosa destacaba en ella: su feminidad. Todos los estereotipos de apariencia y comportamiento relacionados con la feminidad resaltaban en Mayra. Mayra era más femenina que humana. No nos dimos cuenta cuánto nos incomodaban sus extravagancias mujeriles hasta que la perdimos, pero así fue. No nos malinterpretes, no se trata de prejuicios, sino...

—Lo entiendo. Conozco a Danger.

Llegaron al edificio un minuto después. A pesar de la hora, media mañana, se sentía el trajín habitual del vecindario. Gente que entra y sale, las puertas abiertas, música, ollas de presión, voces, griterío. La Habana entera cada vez más parece un solar. Ya no hay barrios buenos y malos. Desde hace mucho tiempo, en un momento difícil de ubicar, cualquiera es sospechoso, cualquiera es un presunto delincuente. La peligrosidad social es escandalosa. Bien lo sabe la brigada forense número 10. Cualquiera es una víctima potencial. Si alguien ha sido capaz de descuartizar a un miembro del Ministerio del Interior, nadie está a salvo. Todos lo saben, aunque parecen ignorarlo. Prostitución, proxenetismo, tráfico de droga, tráfico ilegal de personas, robo, violación, homicidio, son actividades delictivas cotidianas sin ninguna constatación estadística; hechos que, como no constan, es como si no sucedieran. La conflictividad y la tensión social aumenta pese a la mayor severidad de las sanciones y a las continuas reformas del código penal. Ahí están los determinantes criminógenos, delante de sus ojos, a su alrededor, en ese enorme solar en expansión en todas las dimensiones.

Suben hasta la azotea. La puerta está precintada pero no violentada. Alina mira a su alrededor. Todo está en ruina. No es ninguna novedad. Supone que está siendo observada, puede imaginar incluso desde dónde, pero no ve a nadie. Puede ser alguien de los suyos, o de los otros, o ambos. Ambos se calzan unos guantes azules que Tom extrae de una maleta de plástico dura. Usa una llave para abrir la puerta. Nadie ha entrado desde el levantamiento del cadáver a la escena del crimen. Solo hay una estancia con la cocina en un extremo, la cama en el otro y una mesa en el medio. Todo está ordenado. Allí el silencio es total. Una larga estantería cubre toda la pared desde el área que funciona como dormitorio hasta la cocina dándole una apariencia de despensa. Ahí está el radiocasete que supuestamente sirvió de banda sonora del crimen; lo único parecido a un efecto electrodoméstico. Ahí está su ropa doblada. Alina la extrae con sumo cuidado. Extiende cada una de las prendas y las revisa con total atención. En efecto, todos son faldas y vestidos; la mayor parte de algodón y lino y algunas de seda. Nada de licras ni poliéster. Tom no se equivocaba. No había un solo pantalón.

–No son muchas, pero bien elegidas –comentó Alina.

–La mató aquí –respondió Tom frente al único espejo alto y estrecho a medias de todo–. La mató y descuartizó aquí mismo, encima de esta mesa. Quizá frente a este espejo.

–¿Podemos hablar de nuevo con la testigo?

–Podemos intentarlo; a lo mejor tenemos suerte.

Todo queda como estaba, como si Mayra pudiese volver de un momento a otro y encerrarse en ese pequeño mundo para disfrutar de su intimidad, para refugiarse de todo, para protegerse. Bajan hasta el primero. Tom toca en una de las dos puertas que dan a la escalera. *Va*, se oye desde lejos. Luego la puerta se abre y asoma la cara de una mujer extremadamente delgada y pálida.

–¿Qué se les ofrece? –pregunta. Tom enseña sus credenciales.

–¿Se acuerda de mí? –la mujer lo mira de arriba a abajo y de abajo a arriba.

–Si, claro –reacciona–, usted es el policía que me estuvo preguntando. Tom no es policía, sino inspector, pero da lo mismo.

–Así es, ¿podemos pasar? Solo será un minuto.

–Si, claro hijo, claro que pueden pasar. Entren y siéntense.

Es solo cuestión de cortesía porque no hay ningún sitio para sentarse; solo un par de camas aún sin hacer. Tom no había estado allí. La entrevista la realizó afuera, en la escalera; mientras English y la policía registraba su casa. Esta mujer es bolitera, vende billetes de lotería clandestina, y alquila antenas de televisión. Vive solo con su hija que se dedica a la prostitución. *Ay hijo, yo no hago daño a nadie*, tenía anotado Tom en su libreta.

–Usted me contó –le dijo Tom–, que había visto subir a Mayra muy tarde...

–Si, eran como las diez de la noche.

–¿Habló con ella?

–No, saludó cuando me vio y siguió pa' arriba.

–¿Está segura de que era ella?

–Si, hijo, ¿cómo no voy a estar segura! Era mi vecina.

–¿Llevaba algo encima?

–No se. Yo creo que no.

–¿Seguro?

–La verdad es que tampoco se veía muy bien. Ya ve que no hay luz en toda la escalera.

–¿Veía usted a su vecina a menudo? ¿Tenía relación con ella?

–Últimamente si. Relación no, pero últimamente si la había visto...

-¿Últimamente?

-Si, ella vino a vivir aquí hará como unos cuatro o cinco años, pero era como si no existiera; casi nadie la conocía, pero esa semana... la vi como dos veces seguidas. Esa noche que le dije y otro día que vino por la mañana, como si se le hubiera olvidado algo.

-¿Está segura de que llevaba pantalones?

-Si, segurísima, pantalón y camiseta.

-¿Las dos veces?

-Las dos veces.

Solo serían uno o dos días. Solo eso. Convencería al embajador. Se trata de un individuo muy peligroso, de un ataque al mismísimo ego del régimen (ya buscaría cómo decírselo sin usar la palabra “ego”). Empezaría pidiendo disculpas por su exabrupto y le persuadiría: es una situación de vida o muerte. Finalmente, si nada resulta como quiere, le amenazaría con entrar ilegalmente al país.

Sabe que no es simple, sabe que tiene noventa y nueve papeletas de no convencer a nadie, sabe que saben como es: kamikaze, impulsiva, letal. Sabe que son tercos y engreídos, orgullosos hasta la inanición, sabe que no lo permitirán. Una ex oficial del Ministerio del Interior que abandonó el país para residir en el mismísimo monstruo no puede ser bienvenida. Una disidente que trabaja para el gobierno de los Estados Unidos (aunque no sea más que una colaboración empresarial) nunca será aceptada, ni perdonada, ni mucho menos, glorificada. Ellos tienen los expertos, los mejores expertos del mundo, los únicos, los que no deben saber bajo ningún concepto que mantienen contacto estrecho con ella, que nunca le han condenado por nada. De hecho, debe argumentar más que bien que todas sus sospechas son especulaciones propias, desde su investigación; debe inventarse que se ha informado por alguna vía oficial americana del crimen que el Estado cubano ha tenido a bien ocultar, enterrar (más, si cabe), borrar (algo que, a su vez, daría lugar a sospechas más sofisticadas e infundadas tipo relación con la CIA, redes de espionaje, etc.).

Sabe que su viaje es un fracaso, pero debe intentarlo porque Mulet actuará de nuevo. Lo hará una y otra vez hasta que ella lo detenga o él la elimine. La tumba estaba abierta y permanecerá abierta hasta que uno de los dos la cierre. Porque incluso si Mulet actuara de nuevo, sin que le permitiesen viajar a La Habana, el gobierno cubano le señalaría con un dedo, podrían acusarla de cómplice y de quién sabe cuántas cosas más. Todo estaba perdido.

Convocó en extremis a sus “amigos” policías incondicionales, les explicó su intención. Alguno intentó pararla, pero todos se comprometieron. Medio MDPD estaría pendiente. Cada día que ella faltase, uno de ellos ocuparía su casa. El resto estaría en alerta. La casa de Boca Ratón sería un pequeño refugio de máxima seguridad. Por un plus la Agencia de Seguridad contratada por Sofía, ASM SECURITY SERVICES, reforzaría sus servicios. Su casa de dos plantas amplia y confortable, moderna y atrevida, se transformaría en un búnker indefinidamente.

Sofía colocó la SIM de Danger en un celular antiguo que conservaban para casos de emergencia. *Cárgalo antes de usarlo en el carro, no tiene nada de batería*, le advirtió. Pero Danger salió como un bólido al aeropuerto y lo olvidó y cuanto intentó encenderlo no pudo. Solo tenía que devolver la llamada a Tom, pero no lo hizo. Pudo ver sus llamadas perdidas poco antes de subir al avión, en torno a las cuatro de la madrugada. Ni siquiera se despidió de los niños. Sería solo un día o dos. Solo eso.

Ya era hora Mulet. Pediste un aumento de sueldo a sabiendas de que no accederían; alegaste un problema personal. Era solo una excusa para irte sin que te echaran de menos y lo conseguiste. Te fuiste sin levantar sospechas; que todo el mundo quiera más, en Estados Unidos de América, no es motivo de recelo. Te fuiste y con ese brillante comportamiento en tu currículum, te presentaste en ASM SECURITY SERVICES, la Agencia de Seguridad contratada por Sofía, y ofertaste tus servicios, en un magnífico documento acompañado de una carta encomiable de recomendación, por un ingreso similar, más bien estándar. Te pusieron a prueba, sabías que lo harían, que era solo un trámite de rigor y lo pasaste.

Cambiaste un uniforme por el otro, unos compañeros por otros, unos asegurados por otros. Ahora sí estabas cerca Karla, muy cerca. Danger no se percató. ¿Cómo ibas a ser parte del servicio contratado para protegerse contra ti? ¿Cómo ibas a travestirte? ¿Cómo algo con una probabilidad cercana a cero podía llegar a ser algo con una probabilidad cercana a uno? Así son las cosas: casi nunca son lo que parece, de la misma manera que, lo que parece, no es.

Hasta acompañaste al pequeño Marlon desde la puerta de su casa al bus del colegio y viste como Sofía le decía adiós con su mano, segura de que estaban a salvo. Tu plan había funcionado. Te sentiste poderoso. Karla no era un peligro. Danger y Sofía confiaban en Karla mientras buscaban desesperadamente a Mulet.

Mayito titubeó. Le mandaste una fotografía de Mayra con un brevísimo requerimiento. Necesito a una mujer muy parecida a esta, idéntica a ser posible, capaz de hacer cualquier cosa por una buena suma de dinero (que no era una buena suma de dinero para ti) y, si así lo necesitaba o deseaba, un escape garantizado a los Estados Unidos. GARANTIZADO, así dejaste por escrito en letra mayúscula, sin tener ninguna garantía. Necesitabas a una mercenaria, una asesina, una sicaria en Cuba. Cualquiera te hubiera dicho que habías perdido el juicio, pero tú sabes perfectamente que el mal no tiene ideología, ni preferencias políticas, ni banderas. Nadie está dispuesto a cobrar por suicidarse, pero hay quien si está dispuesto a matar, incluso a alguien querido, por una suma que considere aceptable. No todo el mundo tiene un precio, pero el mercenario sí, es su razón de ser; tiene un precio proporcional a la miseria. Lo hará sin pestañear porque cobrará lo suficiente para justificar su acto, para vender su condena, para avanzar. Habías contratado a varios a lo largo de tu dilatada, corrupta y heterodoxa carrera; nunca en Cuba, pero confiabas en que ser cubano no era más especial que ser americano. Los sicarios son el mismo tipo de gentuza en cualquier lugar del mundo. Tú pagarías la mitad por adelantado y el resto después; a cambio, esa mujer debía seguir tu guion, con puntos y comas incluidos.

La respuesta tardó en llegar; tanto, que tuviste que evaluar la posibilidad de localizar a otro Mayito o de hacerlo tú mismo. Te pusiste nervioso. No podías entender que alguien no estuviese dispuesto a matar por ese dinero; en definitiva, se trataba de una causa, como cualquier otra. No presionaste. Debías tener paciencia, mientras delineabas tu plan con la delicadeza de un arquitecto. Casi tres meses después apareció tu modelo. Mayito envió una foto a tu celular, exigiendo su parte. No era, con precisión, el doble de Mayra, pero tomando alguna precaución, podría funcionar. Escribiste los detalles, Mulet. Sabes que los mejores son aquellos que prestan atención a los detalles. Todo quedó pactado. ¿Quién era? Nunca lo sabrías, ni te interesaba. En Cuba también estaban aprendiendo con prisa; había que adaptarse, cuanto antes, a los nuevos tiempos, siempre difíciles, por venir. A ti tampoco te importaba. Ni siquiera tenías ninguna GARANTÍA, por mucho que prometieras.

Le diste el plan en bandeja. Debía vigilarla mañana, tarde y noche, en el más absoluto anonimato. Debía convertirse en su sombra. Debía recibir todo el material “necesario” para el cumplimiento del plan; debía ser de esa manera y no de otra. Sin ningún lugar a la improvisación. Si faltaba al contrato de palabra, una vez cobrado el anticipo, él mismo las mataría... a las dos.

–Muchas gracias de nuevo por su cooperación. Por favor, si se entera de algo, lo que sea, relacionado con su vecina, avísenos... al teléfono que le dejé la otra vez –se despidió Tom.

–Si mijo, lo tengo ahí. Si yo me entero de lo que sea le llamo.

–Gracias.

«Por fin algo», pensó Tom.

–¿Qué te parece? –pregunta a Alina.

–Parece que esa mujer vigiló a Mayra. Seguro que primero desde lejos y luego, cuando ya conocía sus hábitos, se le acercó hasta que pudo matarla. Mayra, por lo visto, tenía poca o ninguna relación con sus vecinos. Lo digo por mí. Si estoy en esto, no puedo estar en lo otro. No se cómo explicarlo –en realidad no hacía falta explicarlo. La única manera de convivir en un vecindario donde cualquiera es delincuente o víctima en potencia es mantenerse ajeno–...

–Te entiendo.

–El mareo es resultado de algún trastorno neurovegetativo. Supongo que la supuesta criminal buscó el momento oportuno para subir y provocarle alguna alergia alimentaria; basta con agregar al agua algún agente bacteriano, viral o parasitario (tan común en todas partes, por cierto) o suministrarle algún alimento alérgico. ¿Sabes si era celíaca? –se interrumpió a sí misma conectando unos pensamientos con otros; pero era solo

una pregunta retórica, de la que no esperaba respuesta instantánea, así que continuó como una máquina—: Al día siguiente Mayra se encontró tan mal que no fue capaz ni de ir a trabajar y entonces la homicida regresó para terminar su plan. Subió, tocó a la puerta, Mayra le abrió; se inventaría alguna excusa para entrar, suministrarle la nueva burundanga, y hacer lo que hizo.

Tom llamó a English y le pidió que corroborara la hipótesis de Alina. Minutos después, mientras decidían si regresar a la oficina o tomar un café en la calle, English devolvió la llamada.

—Afirmativo —dijo—. Mayra era celíaca. La analítica de sangre detectó la presencia de anticuerpos de la celiaquía (glutaminasa); así que le practicaron una biopsia duodenal, que reveló la presencia de péptidos inmunogénicos de gluten. ¿Tiene eso que ver con el caso?

—Sí, es posible. Oye, estoy con Alina, la sustituta... ¿por qué no sales y nos tomamos un café y los presento?

—Acabo de tomarme uno. Cuando lleguen a la unidad avísame. Nos vemos en tu despacho.

—Ok, hasta ahora.

English colgó.

—Parece que existe un correlato forense plausible a tu hipótesis —Alina sonrió y Tom agradeció su encanto.

—Ahora queda saber por qué lo hizo y quién lo hizo.

—Así es, pero antes debemos hablar de Danger.

Durante el viaje de regreso y también durante el café, Tom contó la pieza que faltaba, la hipótesis que podía explicar por qué lo hizo. Alina escuchó con detenimiento y sorpresa. Jamás pudo imaginar un mega caso tan extraño compuesto por tantos casos ramificados y conectados entre Miami y La Habana. Es algo tan lógico como absurdo. Tan lógico por tan cerca geográficamente. Tan absurdo por tan lejos

políticamente. Pero las cosas no suelen ser simples; aunque la solución más acertada sea la más simple, las cosas suelen ser complejas. Lo que se ve, no es lo que se ve, sino el efecto de una causa que no se ve; algo secundario que oculta lo primario. Por eso cuando algo es simple, solemos complicarlo. Por eso todo debe contar.

Estuvo tentado de llamar a Danger en ese momento, pero Alina, aunque le había caído bien, era una absoluta desconocida. No podía arriesgarse. Y pensar que Mayra estuvo a punto de comer con Mulet.

—O sea, ¿que ese tal Mulet podría estar detrás del crimen?

—Podría ser.

—¿E incluso estar aquí?

—Podría ser. Allí arriba lo buscan en todos los estados la policía, los federales... hasta la Interpol, pero no aparece. Podría estar aquí o quién sabe dónde.

—Ahora es más difícil.

—Es posible. Tenemos la idea de que la migración es solo de aquí para allá, pero a veces alguno salta en sentido contrario. Casi siempre a través de un tercer país con una identidad falsa. Aquí solo le buscaría la Interpol... y nosotros, si procede.

Tom sintió la tentación de hablar acerca de la alerta en el Consejo de Estado, la Comisión de Seguridad Nacional, el MININT y el MINSAP, acerca del GHB, de los cambios en la estructura delictiva, del aumento de la peligrosidad, pero se calló. Era un secreto a voces. Alina estaría al tanto.

—¿Qué tenemos para llegar a esa mujer?

—Si ha sido cosa de Mulet tendrá alguna relación con la red Miami-La Habana que desmantelamos. Tenemos la lista de todos los involucrados... los de aquí y los de allá, los que están en la cárcel y los que quedaron en la calle. Tenemos una descripción física aproximada de la sospechosa. Tenemos pistas relacionadas con el tráfico de GHB. Tenemos por dónde empezar.

Danger sospechó que Mulet no se iría a otro Estado, ni a una solitaria casucha de Oregón o a una miserable cabaña de madera en medio de una nieve inhóspita en Nevada. Su intuición le decía que se quedaría en Florida para matarla. Desapareció, solo eso, pero nunca se iría del todo. Estaría más cerca o más lejos; el problema era ¿dónde? ¿En forma de qué?, ¿de quién?

Ella pudo desaparecer, pero no lo hizo. Podía empezar de nuevo otra vez. Era un lujo que se podían permitir, por mucho que no estuviera dispuesta a aceptarlo. Mentirse es más simple de lo que parece. En cada verdad siempre hay algo de falsedad. Los ignorantes la mistifican, los sabios la buscan, los temerarios la refugian. En definitiva, irse a otro Estado, a una solitaria casucha de Oregón o una miserable cabaña en medio de Nevada, tendría una mínima probabilidad, distinta de cero, de trasladar el campo de batalla a territorio inhóspito, desconocido. No sería más que cargar con la tumba hacia otra parte.

Mulet se borró y ahora parecía dibujarse del otro lado del charco. No hubo papel debajo de la puerta, ni email anónimo, ni llamada telefónica; solo una inocente agente que tuvo la desdicha de cubrir la vacante que dejó la Jefa de la extinta American Patrol, desmembrada en trozos de un volumen aproximado. Solo eso, que no es lo mismo que únicamente eso.

Marlon era demasiado pequeño para saber cosas de mayores, pero Eddy Carmelo no. Con sus quince años, que aún le impedían votar, tendría que afrontarlo. Danger decidió hablar con Eddy, por mucho que a Sofía no le pareciera una idea feliz. Lo montó en su Willys y se lo llevó lejos de todo, como hacen los padres cuando quieren contar a su hijo una malísima noticia o hacerle partícipe de algo más que desagradable. Eddy era hijos de policías, así que no hizo falta mucha introducción.

–Desembucha –le dijo con una de sus palabras cubanas preferida.

–Hijo, ¿recuerdas el incidente en la piscina...

–¿Cuando Marlon se ahogó?

–Bueno... técnicamente no se ahogó...

–Se trata de Mulet, ¿no? –a veces no sabemos la madurez que tiene un hijo hasta que te sorprende. A veces se les subestima y al intentar protegerlo, realmente lo dejamos en cueros. Danger no contestó–. Descuida madre. Se que puede aparecer en cualquier momento.

Danger estuvo a punto de llorar, suceso que podía contar con los dedos de una mano, pero no lo hizo. Solo pasó su brazo por encima e intentó animarle: *lo superaremos*.

–Tendrás que matarlo madre. Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo.

Danger tembló. Se quedó sin palabras. Tenía que decirle: *No hijo, tú no tienes que matar a nadie, para eso está la justicia*; pero no lo hizo. No podría explicar por qué, pero no lo hizo. Se quedó con la boca cerrada para que Eddy no le viese llorar y Eddy no pensó en nada. Solo en que, en efecto, las cosas eran como imaginaba, y que, aunque le pareciera raro, no tenía miedo; ningún miedo.

*Hecho*, fue la confirmación de Mayito y eso debía bastarte Mulet, porque no lo leerías en ningún periódico. Solo te asegurarías por la actitud de Danger y así fue. Se puso como loca. Convocó a toda tu ex-división mientras tú, Karla, contemplabas la escena sentada en el coche con Barry. La vigilancia no se realizaba en pareja, sino por turnos que duraban alrededor de seis horas. Había cuatro empleados a cargo de la vigilancia externa de la casa. No hacía falta más con toda la tecnología instalada dentro. Pero le hiciste creer a Barry que solo había sido un encuentro accidental. Le llevaste un café y te metiste en su coche bromeando vestida de uniforme. Le gustabas a Barry, lo sospechabas. Te arreglabas el ajustador y él miraba con no mucho disimulo tus pechos artificiales, mientras llegaba el grupo. Pasaron justo frente a ti, pero nadie vio nada, ni tus pechos, ni tu sonrisa, ni tu felicidad. Todos iban preocupados, alarmados, en alerta máxima. No podías gozar más de la escena.

Estuviste tentada de entrar y pregunta: *¿todo va bien?*, pero Barry se opuso. Su misión era solo protegerles de algo raro, no de medio cuerpo de policía. Tú ni siquiera debías estar allí. Esperabas una llamada de la Central, aumentando el nivel de seguridad y así fue. Tuviste que fingir indiferencia mientras Barry duplicaba sus ojos y multiplicaba su ansiedad.

Viste a Danger, a través de esos gruesos cristales transparentes suspendidos del techo, gesticular como una loca hasta estrellar su teléfono contra el suelo. El plan había provocado el resultado previsto. Hoy brindarías en privado mientras quizá te masturbaras con alguna película porno. ¿Qué tal alguna de aquellos viejos tiempos? Solo para recordar. Ver a Danger fuera de sí te provocó tal placer, que sentiste la tentación de pedir a Barry que te hiciese una mamada allí mismo. Fantaseabas que era gay, pero él no sabía que tú no eras mujer. Te contuviste. La erección bajó sin novedad, ya tendrías tiempo de ocuparte de eso. No podías echar a perder tu meticuloso plan por un arrebato de euforia. Aún Danger estaba ahí y era ella la que debía morir. Era ella.

Cuando estuviste solo, una vez agotados todos los festejos, ordenaste la siguiente parte del plan. Esta vez el objetivo sería Josefina Fernández, la teniente coronel alias Súper-Jefajubilada. El precio sería el doble.

Alina dijo: *Conozco a Danger*, y Tom quizá lo interpretó como un conocimiento en “general”. Danger era conocida por muchas cosas, ninguna relacionada con la palabra normalidad. Es lesbiana, agresiva, traidora (abandonó el país; aunque nadie se atreviera a acusarle de tal cosa, poco más se puede hacer ante una ejecución civil; aunque muchos cada vez se lo plantearan, poco más se puede hacer ante una ejecución sistémica). Todos saben que es buena, muy buena, buenísima; pero la mayoría prefiere recordarla por todo lo demás, quizá porque creen que así estarán más en comunión con el estado de cosas. En alguna parte de “todo lo demás” Tom entendió ese “conocimiento”; sin embargo, se equivocaba. Alina conoce bien a Danger porque estudiaron juntas la carrera en la Facultad de Medicina. Alina conoció a Danger, y a Yeni, y a Dulce, y a Eloisa; vivió con espanto la humillación y el escarnio al que fueron sometidas Dulce y Eloisa por prácticas lesbianas inmorales en la morgue que terminó con la expulsión deshonrosa de Dulce y el suicidio de Eloisa. Alina conoce mucho mejor que bien a Danger porque fueron amigas. Coincidieron algunas veces en Guanabo, en la casa de Dulce, y en tantos otros sitios y situaciones porque Alina no tenía prejuicios. Ambas tenían en común el desprecio a la mediocridad y a la moralidad, a pesar de sus preferencias sexuales.

Fueron “amigas” por muchas cosas; pero, sobre todo, por ser diferentes. *Dios los cría y ellas se juntan*, podría ser una metáfora perfecta para describir su relación. Tom lo notó. Alina, a pesar de ser tan distinta físicamente a Danger, le provocó una especie de *déjà vu*, de *reminiscencia*, de optimismo. Danger y Alina eran, simplemente, herejes: seres que disienten, que se apartan de cualquier línea oficial de opinión seguida por una institución, una organización, una academia o lo que sea, seres que no tienen dueño, ni fe, ni ideología.

Cuando llegaron, English les esperaba en la mesa de siempre, en aquella donde llovían las mejores ideas de toda la unidad. Se levantó, le dio la mano y se dejó caer buscando entre sus notas.

–Jefe Tom –dijo esperando que Alina celebrara su chiste. Tom hizo un pequeño gesto de resignación y se sentó a escucharlo–, el caso-Pincho está resuelto: suicidio. Lo digo para cerrar el tema pendiente primero y centrarnos en el otro –e iba a decir, *que es más importante*, pero lo dejó ahí–. Aquí está todo; junto con lo que faltaba –dijo empujando hacia Tom una carpeta más bien delgada, vieja y sucia. Tom se dirigió hacia English con la intención de actualizar el caso.

–English, la mató una mujer, una mujer físicamente similar a Mayra: blanca, 1.60 de altura, 61 Kg de peso, pelo castaño medio, ojos color... miel.

–Tal y como la describes, parece...

–Recuerdas que la vecina del primero declaró verla subir alrededor de las diez de la noche; pues pasamos por alto la ropa. No coincidía. Lo hemos comprobado.

–Voy a localizar a toda la gente relacionada con los casos de Alamar.

–Hazlo.

–¿Está esa información en alguna base de datos? –preguntó Alina.

–No lo se, yo no entiendo mucho de computadoras.

–Yo si.

–Pues ponte con él, tengo que hacer una llamada.

Todos abandonaron el despacho al unísono, incluso Tom; pero su motivo era otro: llamar a Danger.

El vuelo duraría alrededor de dos horas y media; si no surgía algún imprevisto. «Tengo que hablar con Tom», pensó nada más despegar mientras otros con un antifaz pretendían conciliar el sueño. En cuanto amanezca lo llamo. El móvil había ganado algo de carga durante el trayecto al aeropuerto y la espera para el embarque. Pudo ver las llamadas perdidas de Tom por WhatsApp. Todo queda guardado en el registro, pero no tuvo tiempo de responderlas. La llamada a la embajada complicó todo. «¿Desde cuándo estaría ese hijo de puto en La Habana?, ¿cómo lo hizo?, ¿dónde estaría metido?, cualquiera por unos pocos dólares le hospedaría en su casa. ¡Hijo de puta!». Sabe que tiene que calmarse, que debe dormir algo, que tiene que pensar en su entrevista, pero no puede. Sabe que cuando llegue tendrá que esperar horas, quizá días, hasta que consiga que le atiendan. No ha pedido cita. Tendrá que hacer la cola. Todo es complicado, que no es lo mismo que complejo. Por eso viaja tan pronto, pero seguro hay otros que han viajado el día anterior, o llevan allí varios días. Nunca se librarán de ese calvario. Recuerda que ni siquiera tiene el pasaporte en regla. Eso lo enreda todo aún más. Sabe que pueden tardar y mucho, lo que necesiten, lo que estimen, lo que deseen; aunque confía que entiendan la gravedad del asunto y hagan una excepción. «¿En serio?». Tiene que calmarse. Tiene que pensar con claridad.

El pequeño Marlon ya no es tan pequeño, pero aún sigue siendo muy pequeño; siempre será muy pequeño. Habla por los codos. Apenas le ha dedicado tiempo. El estrés, la preocupación, la locura. Repara en el poco caso que le ha hecho desde la desaparición de Mulet. Sin darse cuenta, sin notarlo, sin quererlo. Él estaba ahí, hablándole: *mamá ¿por qué esto?, ¿por qué lo otro?* ¿Quién sabe qué le contestó o si lo hizo? Eddy Carmelo está hecho un hombrecito. Es listo, rápido, talentoso. Una madre no debería tener hijo preferido. No debería. Eddy las cuida, desde su inocencia y su instinto las vigila. Parece leer sus pensamientos. Son afortunadas, y lo serían del todo, si no fuera por la sombra de Mulet. El día que le pateó la cara en su oficina tenía que haberlo matado. No le dejaron. Hubiera perdido a sus hijos, a Sofía. Tiene que pensar en otra cosa. Tiene que adelantar el tiempo en todos los relojes y llegar.

Por fin, dos horas y veinte minutos más tarde su vuelo de American Airlines aterrizó en el aeropuerto Nacional Ronald Reagan de Washington DC, en el Condado de Arlington. Su reloj marcaba las 7:00 AM. En media hora los niños saldrían al colegio. Llamaría a Sofía para anunciarle que había llegado bien; pero antes debía llamar a Tom. A esa hora ya estaría despierto y luego no tendría tiempo.

-Tom, soy Danger.

-Lo se. Te he estado llamando.

-Lo he visto. Estoy en Washington, voy a la embajada para que me autoricen viajar a La Habana. Ese hijo de puta lo ha vuelto hacer.

-Si, lo ha vuelto a hacer. Pero ha sido una mujer, muy parecida a Mayra.

Danger comenzó a temblar.

-¿Estás seguro?

–No cien por cien. No se encontró ninguna huella, pero todo parece indicar que sí; que ha sido una mujer que suplantó la identidad de Mayra para matarla.

Se desplomó en el suelo; con todo su peso y con el de Mayra, y con ese peso universal que llaman culpa, anunciando la desgracias. Sintió como una aplanadora le pasaba por encima, como si todo el mar se le metiera en los pulmones, como si su cuerpo se hubiera dado la vuelta y todas las vísceras se desparramaran sin contención. La había cagado. Había caído en la trampa, en una tumba abierta y enorme.

–Tengo que colgarte. Tengo que colgarte.

–Dan...

Tom no tuvo tiempo de terminar. Danger marcó como pudo el número de Sofía, apretó los dientes, el esfínter, los ojos. Contestó Suzie.

No tenía por qué salir mal, pero las cosas no salieron exactamente como debían. *Lo hizo*, escribió Mayito, *pero la muy puta se la fundió*, fue todo el resumen informativo. Era una excelente noticia Mulet. En caso necesario, tendrías que requerir de los servicios de otro sicario; pero incluso eso, podía actuar a tu favor: les despistaría. En realidad, te pasaste. Tú único objetivo era asegurarte que Danger saliera de su madriguera. Por si no fuera suficiente Mayra, le darías a Josefina, pero ella no llegó a enterarse.

Al día siguiente, cuando Sofía besó a Danger en la puerta de la casa, camino al aeropuerto, tú estabas ahí con Barry. Engañarle era fácil. Nunca supuso un reto. Un poco de insomnio. Mucho calor y más paciencia. Tenías un buen repertorio para que él no sospechara de tu compañía, pero ni siquiera fue necesario. Barry era un adolescente permanente con el electroencefalograma plano, el pene corto y demasiada confusión. En definitiva, para esperar, repartir palos y disparar, tampoco hacía falta mucho más. Esperaste que Danger se alejara, aún le quedaba el viaje al aeropuerto, el embarque y dos horas y veinte minutos de vuelo. Phil debía estar dentro. Hoy él era el refuerzo de seguridad voluntaria.

–Ey Barry, creo que he visto algo –le despertaste de la somnolencia que tú misma habías provocado en su café.

-¿Qué pasa?

-No se, he visto algo raro -No había nada raro. Solo un poco de aire agitando los árboles, pero Barry estaba demasiado empanado-. Han encendido las luces. Vamos a tocar.

Barry ni se lo cuestionó. Ni te preguntó qué hacías ahí. Ni siquiera puso en duda por qué te le acercabas tanto. Bajaste del coche con un arma en la cartuchera y la otra sujeta por el cinto. Tocaste a la puerta. Sofía los vio con el uniforme de ASM SECURITY SERVICES por el cristal y abrió la puerta. Ni reparó en que eran dos y no uno. A esa hora todos los gatos son negros, Mulet. Ni siquiera saludaste. Le disparaste en el pecho y antes de que reaccionara, mucho antes de que Barry se diera la vuelta hacia ti, le disparaste a boca de jarro. Entraste con prisa. Phil no llegó a desenfundar su arma. Le abatiste perforándole el cráneo. «Lo siento Phil. Estás en el lugar equivocado, en el momento equivocado». Subiste por los niños. En la habitación del pequeño Marlon, una pequeña lámpara proyectaba imágenes de caballitos silenciosos galopando en la pared. Estaba profundamente dormido y le reventaste su pequeña cabecita llena de dibujos con una bala de plomo. Todo se tiñó de sangre y sesos. Todo, Mulet. Luego seguiste en busca de Eddy. Su habitación estaba oscura. Con la poca luna que entraba por la ventana viste un bulto con forma de niño descansando plácidamente y disparaste, dos veces: a la cabeza y al cuerpo y luego escapaste con rapidez; no sin antes retirar el silenciador, limpiar las posibles huellas que dejaras y colocar en la mano de Sofía el arma homicida. Ahora solo quedaban Danger y tú, tú y Danger. Danger había caído en la trampa y ahora solo podría caer en tu tumba.